

El eco de tu voz suena en mi oído
mucho más dulce cuanto más perdido...
Y lento y melancólico me pierdo

en la paz del desierto solitario,
sin más amigo que mi dromedario
y sin otra ilusión que tu recuerdo.

III

El poema del opio

A Ricardo Baeza

I

Mientras sobre moriscos almohadones
se inclina fatigada la cabeza,
amengua el corazón sus pulsaciones
y enerva nuestros miembros la pereza.

Respira libremente, en una rara
levedad la materia adormecida,
cual si un ser invisible nos quitara
de los hombros el peso de la vida.

Me envuelven las azules espirales
de mi pipa en volutas irreales
como serpientes á un rumor despiertas,

y adormecen mi alma con sus giros
clavando en mis pupilas entreabiertas
sus hipnóticos ojos de zafiros.

II

Se disipa en el humo el alma entera,
sólo una vaga angustia nos domina...
Torpe la mano desgarrar quisiera
la telaraña azul de la neblina.

De un sueño vagaroso y polvoriento
nos despierta un rumor raudo y sonoro,
como el ligero aletear del viento
entre un rosal de cálices de oro.

Una nube de humo lenta avanza,
flotando á impulsos de fragante brisa,
y arqueando los brazos en la danza,

entre las nieblas de su cabellera
me ofrece la granada de su risa
el bronce humano de una bayadera.

III

La cabellera destrenzada ondea
sobre el rítmico bronce estremecido,
y el loto que en sus manos azulea
deja en el aire un vago olor á olvido.

Tejen vertiginosos sus pies frágiles
simulacros de lúbrica armonía,
mientras resbala por sus miembros ágiles
un trémulo fulgor de pedrería.

El oro de su risa me arrebató,
y en mi carne despiértase la fiera.
Ahogo en un beso su reír sonoro,

y ante mis ojos que el placer dilata
fosforecen sus ojos de pantera
constelados de ráfagas de oro,

Motivos griegos

A Hamlet-Gómez

I

Bajo la clara luz de la mañana,
en el bloque más puro del Pentélico,
á pleno sol, cincelaré tu bélico
perfil de cinegética Diana,

entre coros de ninfas y jaurías
de feroces mastines... La blancura
del mármol ha de dar á tu hermosura
la eternidad augusta de los días.

Y en el desnudo plinto, como ofrenda
grabará mi cincel esta leyenda:
—¡Salve, Divinidad serena y fuerte

que al arco del Amor no se ha rendido!
Besó los ojos de Endymión dormido,
y fué su beso el beso de la Muerte.

II

Tendido el arco para herir, descienes
del monte, entre ladridos de jauría,
y una argentada claridad de día
en las tinieblas de la noche encienes.

¡Ay, mísero del fauno que asombrado
te mire, entre las ramas en acecho!
Certo el dardo se hundirá en su pecho
y será por tus perros devorado.

Llenas de pasmo mirarán las ninfas,
al surgir con la aurora de las linfas,
su cuerpo, en la maleza, sanguinante...

Y llenarán de gritos la mañana...
¡Ay, del ojo mortal que ve un instante
la nocturna belleza de Diana!

III

Sin otro manto que el de tus cabellos
ante el asombro de los Dioses mudos
muestras tus miembros blancos y desnudos
que son castos á fuerza de ser bellos.

Del mar en las azules extensiones
el alba rosa de tu carne asomas,
entre un blanco revuelo de palomas
y un argentino coro de tritones.

El caracol marino te saluda,
y ante tu gracia cándida y desnuda
la playa floreció para esperarte...

Y al fuego virginal de tu mirada
bajo el áurea coraza tembló Marte
y de sus manos se cayó la espada.

IV

Sobre el tazón de mármol de la fuente
se destaca el blancor de tu silueta
entre la verde ramazón luciente
de los olmos que ensombran la glorieta.

El sol modela tus turgencias blancas.
En arco el torso y la rodilla fina,
con el pulgar y el índice te arrancas
del marmóreo talón aguda espina.

Entre los bordes de la herida abierta
sangra un hilo de agua luminosa
que anima el sueño de la fuente muerta,

tan fugaz cual la queja dolorida
de una ninfa que huyendo presurosa
de pronto en el talón se siente herida.

V

Tranquilo y transparente como un lago
Sócrates va á morir per justo y bueno.
Dió á los hombres su amor, y ellos en pago
le dieron su rencor y su veneno.

La turba de discípulos implora
en torno del Maestro condenado,
mientras Critón, el predilecto, llora
á sus yertas rodillas abrazado.

Pisando de la vida los extremos
aun á Critón su labio sonreía...
—¡No olvides que á Esculapio le debemos

un gallo!—suspiró la voz ahogada,
y crispóse su mano de alegría
acariciando la cabeza amada.

VI

Platón con sus discípulos pasea
bajo los verdes plátanos. Su acento
vierte el consuelo de una nueva idea,
y para oírle se detiene el viento.

Se oyen tranquilas resbalar las fuentes,
lanza un ave en un mirto alegres quejas,
y en torno de rosales florecientes
zumban, ebrias de mieles, las abejas.

Y después de un silencio sobrehumano,
en un gesto de siembra abre la mano...
Junto á una vieja estatua se detiene...

Su voz resuena... Y con callado vuelo
una paloma hasta sus labios viene
para llevarse su palabra al cielo.

Visiones místicas

A Balbino Dávalos